

DOS CARAS DEL SECUESTRO

Mario Elkin Ramírez¹
Psicoanalista

Resumen

Este artículo tiene por objetivo aplicar la reflexión psicoanalítica al fenómeno del secuestro, tanto del lado de los verdugos como del lado de las víctimas. En el texto se elucida la tentativa de borramiento de la subjetividad de ambas partes, para reducir a la víctima a un valor de cambio y elevar el crimen del secuestro a una industria. Todo ello pensado bajo el fondo del discurso capitalista, como aquel que escribe la época contemporánea.

Palabras clave: secuestro, ciencias sociales, psicoanálisis, discurso capitalista.

TWO FACES OF KIDNAPPING

Abstract

This article aims to apply the psychoanalytic thought to the kidnapping phenomenon both from the executant's view and the victims' view. The attempt to erase the subjectivity of both parts in order to reduce the victim to an exchange value and increase the kidnapping felony to an industry is clarified in this text. All of it kept within the bounds of the capitalist

¹ Psicoanalista. Profesor del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia (Colombia). Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y de la Nueva Escuela Lacaniana, Sede de Medellín.

discourse, that which writes the contemporary times.

Key words: kidnapping, social sciences, psychoanalysis, capitalist discourse

DEUX VISAGES DE LA SÉQUESTRATION

Résumé

Cet article a pour but l'application de la réflexion psychanalytique au phénomène de la séquestration, tant du côté des bourreaux que du côté des victimes. Dans le texte, on élucide la tentative d'effacement de la subjectivité des deux parties, afin de réduire la victime à une valeur de changement et d'élever le crime de la séquestration à une industrie. Tout cela pensé sous le fond du discours capitaliste, comme celui qui écrit l'époque contemporaine.

Mots-clés: séquestration, sciences sociales, psychanalyse, discours capitaliste.

Recibido: 09/10/08 Evaluado: 22/11/08

Aprobado: 29/11/08

Introducción

Jacques Lacan, en su texto *Fonction et Champ de la parole et le langage en psychanalyse* (1953), recomendaba a los psicoanalistas: “mejor que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época”, y nuestra época se caracteriza por la predominancia del discurso capitalista que pasaremos a explicar a continuación.

En efecto, el psicoanalista francés introdujo en su Seminario XVIII, *El reverso del psicoanálisis*, cuatro discursos: el del amo, el histérico, el universitario y el del analista.

Dichos discursos se organizan a partir de cuatro lugares fijos:

El Agente	El trabajo
La verdad	La producción

Por esos lugares circulan cuatro letras —que luego se explicarán parcialmente—: \$, S1, S2, (a) y que corresponden al sujeto, el significante amo, al saber y al objeto que condensa el goce. De acuerdo al lugar que cada uno de ellos ocupe, estaremos en un tipo de discurso u otro. Este andamio conceptual mínimo se traduce, como se verá, en una narración simple que permite elucidar fenómenos sociales y clínicos desde una perspectiva inédita. Los discursos que nos interesa para esta reflexión son: el discurso del amo y el discurso capitalista, este último fue introducido por Lacan mucho después, en el Seminario inédito sobre *El saber del psicoanalista*.

<p>Discurso del amo</p> $\begin{array}{ccc} S_1 & \longrightarrow & S_2 \\ \hline \$ & // & a \end{array}$	<p>Discurso capitalista</p> $\begin{array}{ccc} \$ & & S_2 \\ \hline S_1 & \begin{array}{c} \downarrow \\ \swarrow \quad \searrow \end{array} & \downarrow \\ & & a \end{array}$
--	--

El discurso del amo es el discurso del inconsciente, y el inconsciente es el discurso del Otro. Es decir, que un sujeto configura su inconsciente y estructura su pensar, su sentir y su actuar inconsciente, a partir de los significantes que recibe del Otro —esto es, lo social, la familia, la escuela, la lengua materna, etc.—. Estamos contruidos por las palabras y los afectos que recibimos del entorno social, es lo que ordena el inconsciente, es decir, el discurso del amo que nos gobierna. Lo importante a retener es que en este discurso se escribe una imposibilidad representada por la doble barra en el piso inferior //, que representa desde la prohibición incestuosa, parricida del mito de Edipo y llamada simbólicamente castración, hasta el límite que todo sujeto encuentra en la ley cívica, religiosa, que permite que vivamos en sociedad, es pues una prohibición que nos humaniza, una renuncia de entrada por el sólo hecho de ser hablantes.

En cambio, bajo la égida del discurso capitalista esa imposibilidad se borra, Lacan lo expresa diciendo que el capitalismo forcluye la castración, —es decir, no escribe, lo cual es más radical que decir que borra— desaparece el límite que humaniza al sujeto. Desde esa perspectiva no hay barrera: todo es posible, todo se vale en el discurso capitalista. Es sobre este fondo conceptual que analizaremos el fenómeno del secuestro en nuestra época.

Los especialistas en Ciencias Humanas que han estudiado el secuestro coinciden en diferenciar aquel que es efectuado por la delincuencia común, del perpetrado por los distintos grupos y ejércitos en el contexto de un conflicto armado². El secuestro ha sido un modo de cubrir la necesidad de dinero y de armas de todas las guerrillas (de extrema derecha y de extrema izquierda) o un medio de obtener el intercambio de rehenes por presos políticos. Esto ha convertido al secuestro político, en sí mismo, en un arma de guerra utilizada contra el Estado. Mientras que, del otro lado, ha sido un procedimiento de bandas delincuenciales para obtener un lucro personal o una venganza de sus enemigos.

De acuerdo a la inscripción en alguna de esas modalidades varía la justificación de los perpetradores. Las organizaciones guerrilleras de izquierda en Colombia lo justifican como una herramienta que busca “equidades sociales, justas cuotas financiadoras”, un tributo a favor de una lucha por una causa colectiva. Su finalidad es la expropiación de bienes o de dinero bajo la forma de un impuesto de guerra. Por lo cual, piensan que es

² Véase por ejemplo Arias, Ángela María. (2007) *Crónicas al otro lado del secuestro*, Trabajo de grado. Medellín, Colombia. Facultad de Comunicación Universidad de Antioquia.

inapropiado llamarlo “secuestro” y prefieren el eufemismo “retención”. La delincuencia común, en cambio, asume que es un delito y que su única justificación es la obtención de dinero o, en algunos casos, la intimidación o retaliación a sus enemigos o, incluso, a sus familiares.

Del lado de los verdugos

“No nos interesa el lloriqueo de la familia, sólo nos interesa la guerra”, dice un guerrillero preso en la cárcel, su enunciado pretende subordinar sus consideraciones morales o sentimentales a su acto, a la finalidad bélica al servicio de una causa política. En ese sentido se comporta como un técnico formado para el oficio. Su interés es obtener un resultado específico y sustraerse de la dimensión afectiva de los implicados. Es ya una tentativa de borrar la subjetividad de ese acto.

En ese “oficio” se diferencian funciones precisas: los plagiarios y encargados del transporte del rehén, —quienes le profieren amenazas de muerte y le informan quiénes son y qué quieren—; los cuidadores, que comparten la mayor parte de la vida con él —son rotados para que no surjan lazos con la víctima—; los comandantes, que son los autores intelectuales y diseñan la logística para mantener el control del secuestrado; los negociadores que acuerdan las condiciones de la liberación, su relación se da esencialmente con los familiares del retenido; y, finalmente, los proveedores, generalmente campesinos sometidos por las guerrillas, que tienen que procurar alimentos, techo y medicamentos al retenido sin interactuar con él.

Vemos que el secuestro se ha convertido, entonces, en una industria regida por los parámetros cuantificables, rentable, evaluable, donde se planifica y ejecuta definiendo los detalles, —planos, vehículos, seguimiento, interceptación de la víctima, si su cautiverio será fijo o móvil—; la especialización de los distintos operarios tiene por condición la reducción de la víctima a una mercancía, más aún, a un objeto únicamente con valor de cambio. El a priori de su cumplimiento es que no aparezca por ningún lado la consideración de que el rehén tiene el estatuto de un ser humano.

De igual modo, en esa “cadena productiva” impera una tentativa de hacer desaparecer la subjetividad del secuestrador, quien reprime su propio *pathos* y no quiere saber nada de los sentimientos del retenido o de sus familiares. No obstante, lo reprimido retorna en un eslabón de la cadena, no en el plagiario ni en el negociador, tampoco en el

proveedor, quien tiene un contacto accidental o tangencial con el secuestrado, menos aún en el comandante, sino en el cuidador.

De algún modo, el guerrillero cuidador del secuestrado está también retenido. Y a pesar de que la logística pretende que no haya vínculos entre ellos, muchas veces por seguridad y por compartimentación de la información, algunos secuestros implican una convivencia prolongada entre el cuidador y el retenido. El primero es testigo de los cambios del segundo y, no obstante, no puede identificarse con su sufrimiento, no puede demostrar compasión, tiene que dominarse a sí mismo y ejercer un control físico y moral sobre la víctima, por lo cual, en general, lo prefiere depresivo o dormido.

Se trata de una relación de poder, de un dominio físico y psíquico del cuidador sobre el retenido; a los cuidadores les dan charlas sobre el contacto y el manejo de los retenidos, donde les enseñan diversas estrategias de sometimiento. En ese aspecto, se puede establecer casi una tipología de los carceleros, quienes optan por algunas de las siguientes actitudes: imperativa, amenazante, informativa, indiferente, cortés, interrogativa (acerca de los bienes que posee la víctima o su familia), el que se instala en la omisión y silencio. No obstante, la subjetividad aparece en otra actitud, poco frecuente pero que también existe, la argumentativa; en ella el cuidador da razón al secuestrado de sus actos y muestra una cierta culpabilidad.

Otros investigadores sociales dividen los cuidadores en duros y blandos. Los primeros ejecutan sin duda las órdenes, se comportan de manera autoritaria e intimidadora, recurren a la humillación, a insultos, a sarcasmos e ironías, todo ello con la intención de vulnerar al secuestrado. Los segundos muestran una mayor racionalidad, o comparten sufrimientos con el secuestrado, son sensibles y revelan poca formación ideológica, se colocan en el lugar del retenido y muestran una cierta división subjetiva, ya que deben cumplir órdenes, pero se sienten cercanos al secuestrado, piensan en el sufrimiento de éste, en que puede tener hijos y familia y en el dolor de aquellos. Alguno de ellos dice: *“Amerita el secuestro por la necesidad, y el hecho de que me dé pesar, que me conmueva, no quiere decir que me arrepienta de que la gente dé la plata, porque de eso dependen muchas cosas, como persona me da pesar, pero como organización no.”*

En cuanto al marco de su convivencia el cuidador tiene unas directrices, generalmente les toca cuidar a un secuestrado del que no tienen ninguna información, sus órdenes son las de matarlo en el caso de algún intento de rescate, aunque se prefiere que

opten por sacarlo vivo de la situación, pero en todo caso no dejarlo liberar; debe mantenerse por lo menos a cuatro metros de distancia de él, no debe hablarle, no puede recibirle papeles, no debe dejarle picar palos, y debe estar pendiente de la comida y de los medicamentos que necesite.

Otro aspecto de ejercicio de poder de los secuestradores es el referido a la familia del secuestrado. Los negociadores explotan los sentimientos de los familiares para angustiarlos y ejercer presión para obligarlos a la negociación. Dentro de sus estrategias está la de las pruebas de supervivencia; se trata de una manipulación afectiva sobre la base de la demolición psicológica de la familia, ya que saben que ésta se conmueve cuando ve, oye o lee los mensajes del secuestrado, sobre todo si lo sienten triste y saben entonces que tienen que hacer todo por liberarlo. La familia pasa por la sorpresa y el caos emocional, en ella se impone la confusión, y permanentemente siente el temor de no volver a ver a su pariente secuestrado, además, se angustia al pensar en la rutina del secuestrado, en qué se ocupa, qué come, etc. Los mueve el sentimiento de culpabilidad por la posible muerte del secuestrado, si no hacen todo lo que esté a su alcance para su liberación.

Los secuestradores saben que, en general, el punto débil del hombre contemporáneo es su familia. Algún preso por este delito y perteneciente a bandas de delincuencia común organizada, llamadas “oficinas de cobro”, decía: *“teníamos que intimidar con la familia, por ejemplo le decíamos a alguien que no quería pagar, sabemos donde estudia su hija [...] por eso uno siempre se metía con la familia”*.

Los investigadores han verificado que hay mayor reincidencia en los secuestradores que hacen parte de una organización guerrillera, cobijados por la ideología, que en los pertenecientes a las bandas de delincuencia común. En este último caso, se encuentran dicientes declaraciones cuando están presos, manifiestan que tienen sentimientos de culpa por sus actos, presentan en ocasiones un cierto delirio de persecución y sienten remordimiento, alguno dice: *“pensaba que eso era un trabajo, pero después me preguntaba ¿en qué momento me volví un delincuente?”* Una mujer secuestradora exclama: *“fue un acto de inconciencia, pero soy responsable de ese delito [...] nunca pensé que el niño que secuestraríamos tenía dos años y que la madre iba a sufrir”*; sólo después de apresada comenzó a comprender la magnitud de las cosas y las

consecuencias de su acción. Ahora dice sentirse agobiada por “*una culpa inmensa [...] Esto es un dolor de años*”.

Del lado de las víctimas

Mientras que el verdugo, conciente o no de ello, se sitúa del lado de la mirada que vigila, lo que de modo estructural le da una posición perversa, la víctima está sometida a una situación límite, a una extrema división subjetiva. Está sumida en un permanente miedo a la muerte durante todo el tiempo del cautiverio, así los cuidadores no lo amenacen. En nuestros matemas psicoanalíticos sería ($a \rightarrow \$$), que escribe el empuje del discurso capitalista. No obstante, por tratarse de una industria, calculada, numerada, bajo el discurso de la ciencia, no podemos suponer goce alguno al secuestrador, (deberá verse el uno por uno) y por eso hay el esfuerzo de excluir la subjetividad completamente de esa práctica, incluso del lado del secuestrador. Después de Auschwitz, la destrucción de los semejantes pasa por un cálculo científico, evaluable, que pretende forcluir la subjetividad de modo radical. Por ello se hablaba de aumentar la eficacia de las ejecuciones, como se habla de rentabilidad, de ahorro de recursos de ganancia; es el discurso capitalista que también se ha tomado las maneras modernas de combatir y que encuentran en el secuestro el modelo de funcionamiento empresarial al servicio de la destrucción.

El paradigma reciente del secuestro ha sido en Colombia el caso de Ingrid Betancourt, quien aún en cautiverio envió a su madre una carta el miércoles 24 de Octubre 2007. De ella pueden resaltarse varias frases que retratan de manera turbadora su vivencia:

En esta selva es desierta en afecto, solidaridad y ternura, tu voz es mi cordón umbilical con la vida [...] Estoy cansada de sufrir, no soy tan fuerte, ni valiente como creía, ya me doy por vencida [...] Morir sería un alivio, que la familia no esté en stand bay [...] Sería una dulce opción [...] Cada día es igual al infierno del anterior. [Es terrible] no poder estar en la vida de la familia [...] Me envenenaron los días de soledad, no tengo ganas de nada, porque aquí la respuesta a todo, es no [...] La vida aquí no es vida, es un desperdicio lúgubre de tiempo, vivo o sobrevivo sobre una hamaca [...] Se duerme en cualquier hueco como cualquier animal [...] Las marchas son un calvario [...] En la requisita le quitan a uno lo que uno más quiere [...] Cada día me queda menos de mí misma [...] Aquí todo tiene dos caras, la alegría viene con dolor, la felicidad es triste, el amor alivia y abre heridas nuevas, recordar es vivir y morir de nuevo [...] Sentirte fuerte ha sido mi fuerza.

No obstante, su cautiverio no obnubiló su visión crítica, decía: “*los secuestrados no somos un tema políticamente correcto [somos unos] pobres locos encadenados en la selva [...] siempre han hablado más cuando el silencio y el olvido nos tapa más que la*

selva misma". Y termina con una gran reivindicación "*Francia se guía por principios y no por intereses [ha dado] apoyo a todos los que aquí hemos vivido muertos*". (Betancour, 2008)

El cautivo sufre de insomnio, de desesperación y de angustia, está sometido a una gran pasividad. A veces siente ira consigo mismo por esa misma impotencia, por no tener el control de la situación, lo cual le quita toda tranquilidad, le despoja de la privacidad, del lugar en el mundo simbólico e imaginario que había construido y donde era reconocido. El secuestro priva a cada quien de lo que consideraba lo máspreciado. Lo instala en un real insoportable. Vive en la completa incertidumbre de lo que le va a pasar, sin saber si va a sobrevivir, lo que le produce constantes cambios de ánimo.

A su liberación, cuando ésta se da, aparece una especie de triunfo de la esperanza sobre la desesperanza, es el triunfo de haber soportado el secuestro. Aparecen rasgos de lo que ha sido llamado el Síndrome de Estocolmo³, ya que si no se enamora de sus captores, por lo menos manifiesta un agradecimiento desmedido por ellos cuando no ha sido maltratado o torturado. Pues, en su situación recibía con gratitud o con alivio cualquier gesto de compasión y ayuda, puesto que bajo el yugo del secuestro piensa que cualquier cosa, incluso morir, era preferible a continuar viviendo esa situación.

El discurso del liberado es el de "volver a la vida", "volver a nacer". Muchos dicen sentirse afortunados y manifiestan no sentir miedo ni rencor contra sus captores. Luego de liberados es recurrente en ellos manifestaciones que otrora el psicoanálisis reconoció como neurosis de guerra⁴ y ahora se agrupan en la vaga definición de estrés postraumático.⁵ Así, presentan depresión, ansiedad y enfermedades psicosomáticas. Reviven en pesadillas la situación de impotencia, miedo y horror extremo. Sigue volviendo a vivir incluso en la vida "despierta" el trauma, evitan hablar del asunto o de cualquier cosa que provoque una asociación con su anterior situación.

Ya en libertad a veces mejoran las relaciones con sus familiares, las relaciones filiales son valoradas durante el cautiverio cuando adivina en sus parientes la voluntad de

³ Se dice de una especie de "enamoramiento" por parte del secuestrado por el secuestrador.

⁴ Ver nuestro texto: *Psicoanalistas en el frente de batalla, las neurosis de guerra en la Primera Guerra Mundial*, 2007. Medellín, Colombia. Editorial Universidad de Antioquia. En él se desarrolla la noción psicoanalítica de "neurosis de guerra", a partir de los escritos en el frente de batalla de los pioneros del psicoanálisis: Ferenczi, Abraham, Jones, Simmel, Tausk en interlocución con Freud.

⁵ Categoría descriptiva del Manual diagnóstico estadístico (DSM) que generaliza el trauma a tantos ámbitos que pierde su especificidad el del secuestrado.

salvarlo; pero, muchas veces, el secuestro destruye las creencias del sujeto sobre sí mismo, sobre su familia y sobre el mundo y se instaura una ruptura total.

El psicoanálisis tiene límites éticos cuando se trata del análisis de actos de lesa humanidad. No puede psicologizarse todo, terminaríamos sino justificando, por lo menos explicando el genocidio por una infancia infeliz del tirano. Hay un punto de canallada en este acto. Una imposibilidad de inscripción en un discurso, ni amo, ni histórico, ni universitario, menos aún de analista. Sólo queda el discurso capitalista, aquel que destruye los otros discursos porque encuentra su éxito en reciclar su propio exceso.

Los más conservadores se alegran de poder señalar el exceso de las izquierdas cuando incurren en el secuestro, porque sucumben a la desobjetivación de la víctima y de sí mismos, con lo que terminan sirviendo al discurso capitalista que absorbe el plus de su propia producción.

La declinación del Nombre del Padre va de la mano de la caída de las ideologías, los grandes metarrelatos, dicen los posmodernos. La justificación de la desobjetivación en nombre del discurso del amo que sostenía las izquierdas suena ahora cínico, cuando han sucumbido al discurso capitalista, (financiación con droga, entre otras). Tampoco el discurso de la histeria, la reivindicación de la falla, hoy podría justificar los crímenes de lesa humanidad. El saber en lugar del agente del discurso universitario se queda corto cuando de la trasgresión de los derechos humanos se trata. Y en este punto, la distinción minuciosa de los investigadores sociales de las motivaciones de los secuestros políticos o extorsivos borra sus límites. Ambos buscan un lucro, un plus de valor, que para nosotros los psicoanalistas se traduce finalmente, en un plus de goce.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arias, Á. (2007), *Crónicas al otro lado del secuestro*. Trabajo de grado. Medellín, Colombia. Facultad de Comunicación Universidad de Antioquia.

Betancour, I et al. (2008). *Cartas a mamá desde el infierno*. Bogotá, Colombia. Grijalbo.

Lacan, J. (1966). "Función y Campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis" (1953). En: *Écrits 1*, Paris, Francia. Seuil.

_____. (1997) *Le séminaire, livre 17, "L'envers de la psychanalyse"*, Paris, Francia. Seuil.

_____. *El Seminario, "El saber del psicoanalista"*, inédito.

Ramírez, M. (2007) *Psicoanalistas en el frente de batalla, las neurosis de guerra en la Primera Guerra Mundial*. Medellín, Colombia. Editorial Universidad de Antioquia.

Affectio Societatis